



Dr. Plinio

Publicación Mensual Año I - N° 1 Mayo de 2018



A Jesús por María

Hombre semejante a una catedral

¿Oué es una persona venerable? Es alguien dotado de una especial profundidad de espíritu adquirida por el estudio, por la experiencia, por la meditación; que posee un temple, una constancia y una fuerza de voluntad fuera de lo común, por donde, aún en circunstancias adversas, sacrificando su salud, su comodidad, su riqueza, su propia existencia, habiendo trazado una línea de buena conducta, la siguió hasta el fin.

La presencia de una persona venerable infunde respeto, los demás gustan de verla y tienen una tendencia natural a prestarle reverencia, agasajarla, como quien practica un acto de justicia.

Es propio al espíritu de la Iglesia Católica dignificar todo con una nota venerable.

¡Cómo me hubiese gustado conocer a San Beda, el Venerable! ¡Cómo me atrae imaginar su porte, más parecido a un monumento que a un ser humano! ¡Cuando un hombre adquiere tales aspectos, se asemeja a una catedral!

Entonces, contemplando a San Beda, el Venerable, me arrodillaría, besaría sus pies y le imploraría que me obtenga de Nuestra Señora algo de su venerable dignidad, sin la cual nadie es auténticamente católico.

(Extraído de conferencia de 27/5/1970)

San Beda, el Venerable, dictando su última obra – Real Academia, Londres, Reino Unido

Sumario

Año I - No. 1 Mayo de 2018



En la portada, Dr. Plinio junto a la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira

Carlos Augusto G. Picanço

Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203

Tel (57 1) 312 0585

Bogotá - Colombia

prodenal@gmail.com

EDITORIAL

- 4 ¿Por qué la revista “Dr. Plinio”?



PIEDAD PLINIANA

- 5 Oración a la Reina de Fátima



DOÑA LUCILIA

- 6 Hablando al Sagrado Corazón de Jesús

LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO

- 8 Santidad y personalidad - I



DR. PLINIO COMENTA...

- 12 Castidad y coraje

DE MARIA NUNQUAM SATIS

- 16 Auxiliadora en defensa de la Fe



EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO

- 18 La búsqueda de lo absoluto y
la perfecta convivencia - I

REFLEXIONES TEOLÓGICAS

- 22 Esclavitud de amor, desposorio místico e
intercambio de voluntades

SANTORAL

- 26 Santos de Mayo



HAGIOGRAFÍA

- 28 Fervoroso adorador del Santísimo,
hasta después de la muerte



PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

- 30 Evolución de la Civilización Occidental - I

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

- 34 Majestad multiseccular de un palacio



ÚLTIMA PÁGINA

- 36 María Santísima, Reina a dos títulos

¿Por qué la revista “Dr. Plinio”? ¿Por qué Dr. Plinio?

El Siglo XX fue marcado de un extremo a otro por la luminosa trayectoria de un hombre que amó tan ardorosamente la Santa Iglesia, que no deseó que se colocase en su tumba otra inscripción sino esta: “*Plinio Corrêa de Oliveira, vir totus catholicus et apostolicus, plene romanus* – varón todo católico y apostólico, plenamente romano”.

Pero, al final de cuentas, ¿quién fue el Dr. Plinio?

Monseñor Juan Scognamiglio Clá Dias, discípulo fiel y ardoroso del Dr. Plinio, lo califica como profeta para nuestros días.

En su libro “El don de Sabiduría en Plinio Correa de Oliveira”, publicado por la Editora Vaticana, describe en cinco tomos la admirable vida y obra de su maestro.

El don de sabiduría que ese libro resalta, queda manifestado también y principalmente en las numerosas obras escritas por el Dr. Plinio; en sus innumerables charlas, conferencias, cartas, artículos en grandes periódicos, entrevistas, etc.

En esta revista “Dr. Plinio”, iremos reproduciendo su pensamiento sobre los diferentes temas tratados por él en dichas ocasiones, temas de una variedad casi ilimitada y hasta desconcertante, de tan numerosos y sorprendentes.

El lector quedará gratamente admirado no sólo por la variedad de temas, sino también por la profundidad, elevación y amenidad con que ellos son tratados.

Sin embargo, quien lee apenas las obras escritas por el Dr. Plinio no consigue abarcar toda la riqueza de su elevada personalidad, así como aquel que contempla la fachada de una bella y grandiosa catedral medieval no es capaz de tener idea de las maravillas que contiene su interior. Sólo lo logrará entrando y contemplando su interior, su atmósfera recogida, impregnada por la presencia de Dios presente en el tabernáculo.

Era la impresión que tenían aquellos que pudieron convivir con el Dr. Plinio, a medida que percibían las virtudes sobrenaturales de su virginal y combativa alma, entre las cuales se destacaban un ardiente amor a Dios, una Fe incommovible y una confianza absoluta en el auxilio divino, todo iluminado por una entrañada y filial devoción a la Santísima Virgen.

El objetivo de la versión en español de la Revista Dr. Plinio –serie que con este ejemplar retomamos– no es otro sino dar a conocer toda la riqueza sobrenatural de su persona, su vida, enseñanzas y su grandiosa obra.

Es el abundante tesoro del alma de ese varón íntegro que el lector tendrá a disposición mensualmente en estas páginas, cuyo título de carátula será el nombre por el cual es más conocido: “Dr. Plinio”.

También sobre la vida de su bondadosa madre, Doña Lucilia Corrêa de Oliveira, encontrará el lector edificantes ejemplos.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.

Oración a la Reina de Fátima

iO h Virgen, Reina de Fátima, cuyo mensaje es el inspirador de mi vocación y la garantía de la autenticidad de mis esperanzas! A Vos debo el hecho de haber sido llamado a vuestro servicio y la felicidad de, por medio de varios actos de fidelidad, haber enfrentado a vuestros adversarios y proclamado vuestra realeza en un momento en el cual tantos la combaten.

Dadme la gracia de amaros cada vez más, para que os pueda retribuir en luchas cada vez mayores. De tal manera que, al llegar el momento culminante de mi vida, en el cual haya recibido de Vos todo lo que me destináis y retribuido todo lo que deseáis de mí, obtenga de vuestra misericordia el premio demasiado grande de veros cara a cara, junto a vuestro Divino Hijo, por toda la eternidad. Amén.

(Compuesta el 4/5/1973)



Archivo Revista



Timothy Ring



Hablando al Sagrado Corazón de Jesús

Al recordar aspectos de la larga y sacral¹ convivencia que tuvo con su madre, el Dr. Plinio narra sucintamente hechos relativos a la vida de piedad de Doña Lucilia: su devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al Rosario.

En el largo período en que viví con mamá en el apartamento de la Calle Alagoas² — era sistemático, frecuentemente se daba eso —, yo llegaba tarde y entraba directamente a la sala de visitas de la casa, porque sabía que ella se encontraba allá, y casi siempre de pie, junto a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Con los ojos cerrados y los labios cercanos al Corazón de Jesús

Ella era un poco baja, y la columna sobre la cual estaba la imagen era un poco alta para su estatura, entonces Doña Lucilia tenía dificultad de colocar los labios a la altura en que se encontraba el corazón.

Entonces ella se quedaba un poco suspendida, con toda su alturita desenvuelta y hablando bajito al Corazón de Jesús. Naturalmente, mamá sabía que se trataba de una imagen de piedra, pero era un modo de hacer entender simbólicamente a

Nuestro Señor que ella quería hablar directamente a su Corazón.

Eso era hecho en una larga exposición, en la cual ella pedía esto, aquello y aquello otro... con los ojos enteramente cerrados, hablando tan suavemente que yo creo que ella no emitía ningún timbre de voz. Ella sólo movía los labios para decir lo que ella quería. ¡Allí ella hacía largas, largas insistencias!

Ella nunca me dijo qué decía en esas ocasiones, pues prefería esquivarse de contarlos. Yo tampoco insistía, pues, cuando ella estaba hablando directamente con el Sagrado Corazón de Jesús, querer saber lo que ella conversaba con Él sería llevar la “intromisión” demasiado lejos. Yo sólo tenía el derecho de preguntar, si ella se sintiese enteramente en la libertad de no responder, claro está.

Yo apenas veía que era un momento que a ella no le causaba nada de tensión, en el cual ella no creía estar oyendo nada de Él, pero sí sabía estar siendo oída; y de lo que ella



Imagen del Sagrado Corazón de Jesús en la sala de visitas del apartamento de Doña Lucilia

Cuarto de Doña Lucilia. En la pared, oratorio con la imagen de Nuestra Señora de la Concepción



hablaba, estoy seguro de que yo era muy beneficiado, ipero largamente!

Rezo del Rosario

Era diferente el modo en que Doña Lucilia rezaba el Rosario. Ella lo rezaba, generalmente, en su cuarto, sentada junto a la cama, en una sillita de paja, por cierto muy bonita, pero nada cómoda, delante de la imagen de Nuestra Señora de la Concepción que hay allá en un oratorio.

Mamá se sentía perfectamente bien en aquella silla, porque las personas de su tiempo no eran como las de mi generación, que necesitaban respaldo, brazo, etc. Yo mismo soy un gran apreciador de los sofás. Ella no, en una silla de paja común, sin apoyo para los brazos, estaba perfectamente bien.

Y cuando era más joven, ella participaba de las comidas sin recostarse en el respaldo de la silla porque, en el tiempo de ella, esa era una de las reglas de la buena educación.

Pero las hermanas de ella, por ejemplo – una con seis, otra con trece años menos que ella –, no tenían ese rigor. Mamá, por lo tanto, alcanzó el último tiempo de esa costumbre.

Me acuerdo de ella, aún joven, rígida, sentada frente a la mesa, sin recostarse en el respaldo de la silla y haciendo tentativas de que mi hermana y yo nos sentásemos de la misma manera. Sobre todo conmigo, era un fracaso completo...

Queda aquí una reminiscencia más de nuestra convivencia. ♦

(Extraído de conferencia de 17/12/1985)

- 1) Sacral: del latín medieval sacralis. Digno de veneración y respeto.
- 2) Barrio Higienópolis, en la región central de São Paulo.





Santidad y Personalidad – I

La Doctrina católica quiere que el hombre embellezca su propia personalidad camino a su santificación. Así se irán creando las condiciones para una civilización perfecta.

Todos hemos oído hablar vagamente de panteísmo y de la diferencia entre este y el ateísmo. Y también de la existencia de Dios.

Noción de persona

De acuerdo con la infalible enseñanza de la Iglesia, existe realmente un solo Dios en tres personas distintas. Pero ese Dios es persona. Y, ¿qué es persona? Se denomina “persona” un ser que piensa respecto a sí mismo y forma por lo tanto una especie de círculo cerrado en él. Un bicho, una planta, una piedra no son personas aunque sí son individuos. ¿Por qué? Porque ellos no piensan, no tienen consciencia de existir, no tienen consciencia de su mundo interno ni del externo. Nosotros en cambio sí tenemos esa consciencia y por eso somos personas.

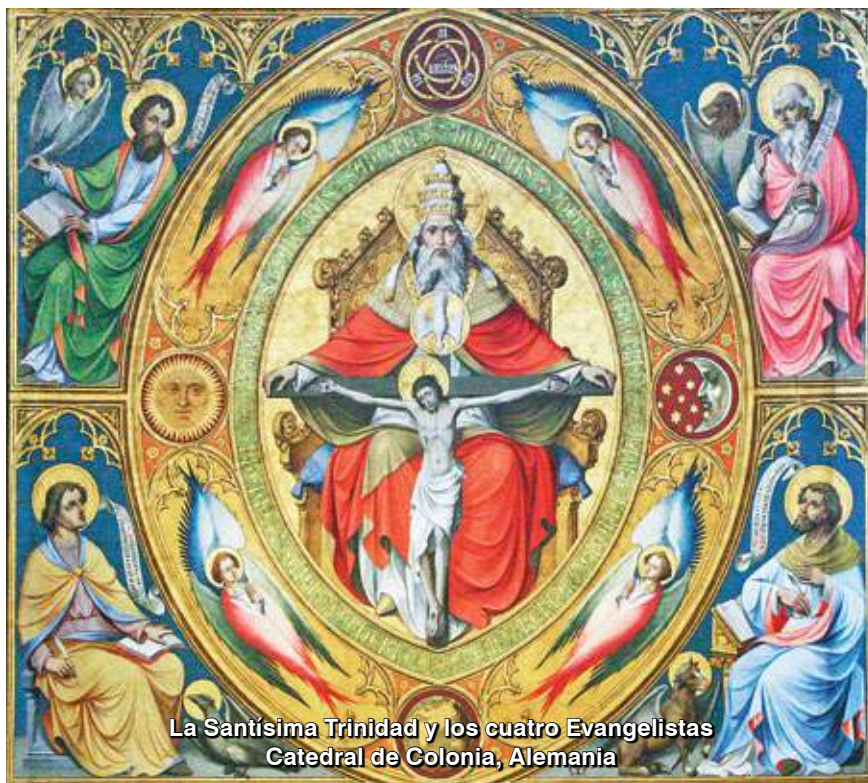
Dios es persona porque Él tiene consciencia de sí mismo y de todo aquello que creó. Y de tal manera es Persona que, en su unidad -porque es un solo Dios- hay tres Personas distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que constituyen el gran misterio de la Santísima Trinidad.

Habiendo creado el universo -que sería necesariamente un reflejo suyo, quería que lo reflejase como Persona. Y por lo tanto habría de crearlo constituido de personas, y fue por eso que creó los ángeles y los hombres que son los componentes esenciales del universo. Los animales, las

plantas y los minerales están para el servicio del hombre, y son para el universo más o menos como la franja lo es para un tapete. Nadie va a poner en la sala de su casa un tapete que sea una sola franja, pues no sería tapete. Y en cambio, al contrario, sí hay tapetes muy finos que no tienen franja alrededor. La franja de un tapete es algo que hace parte de él pero no es de ninguna manera su esencia. Así, los animales, las plantas y los minerales son la franja del universo. Dios creó el universo para las personas, es decir para los ángeles y los hombres, y es en

cada una de esas personas que Dios encuentra su propia imagen.

Con base en esta noción se comprende que hace parte de la Doctrina Católica que la persona se debe personificar cada vez más. Es decir que Dios nos creó a cada uno de nosotros con determinadas características que están agrupadas en torno a aquello que llamamos “Luz primordial”¹ del individuo. Si la persona es fiel a la gracia, se santifica y su personalidad se realza extraordinariamente, y todo cuanto ella tiene de bueno y característico mejora notoriamente.



La Santísima Trinidad y los cuatro Evangelistas
Catedral de Colonia, Alemania



Baile en palacio - Museo Carmen Thyssen, Málaga, España

Dios da a cada quien personalidad

En cualquier santo esto es muy notorio. Todos son parecidos entre sí pero al mismo tiempo diversos unos de los otros. Es lo que San Pablo describió de modo magnífico diciendo “*Stella differt stella*”².

Miremos hacia el cielo donde hay una porción de estrellas. Un niño diría que son iguales. Pero realmente en esas miríadas de estrellas no hay ninguna igual a otra. Así son los hombres.

Se puede decir que todos los hombres que hay, hubo y habrá en los planos de Dios, forman una sola colección. Y esa colección debe de alguna manera reflejar en su conjunto lo que es el Creador. Es decir que así como Dios es inmenso, infinito y tiene todas las cualidades posibles, esto se debe reflejar en el conjunto de los hombres, cada uno con su propia característica. Y tomando esas características en su conjunto, se obtiene una especie de mapa de Dios, del conjunto constituido por Dios. De manera que nosotros no tenemos consciencia, pero somos piezas de una colección. Piezas individuales, piezas personales de una colección, y cada uno de nosotros, si es fiel a su “luz primordial”, es parte de la colección de Dios. Y para que es-

ta colección tenga toda la belleza, todo el colorido, todo el vigor, es necesario que cada una de esas piezas posea toda su propia personalidad completa. Dios es eminentemente un ser que personifica. Es decir que le da a cada persona la personalidad. ¿Por qué? Porque Él es persona.

El extremo opuesto a todo esto es el panteísmo que sustenta que hay un Dios pero que no es persona. Que es un ente sin pensamiento, sin conocimiento de sí mismo. Que vive por lo tanto en un eterno sueño de bicho, planta y piedra. Es decir que no conoce ni entiende nada, y que todos los seres que existen salieron de ese dios como las moléculas salen de un determinado cuerpo.

La Doctrina Católica enseña lo contrario: nosotros no salimos de ese dios. Fuimos creados por Dios.

Para el panteísmo ser persona es una desgracia. Porque para ser persona es necesario sufrir, y sufrir es una desgracia. Por lo tanto la finalidad de la religión es que la persona se vaya preparando para morir, desaparecer y fundirse de nuevo en ese ser sin raciocinio y sin consistencia personal que es dios.

Así pues, los panteístas dicen que dios es la naturaleza. ¿Y qué quieren decir con esto? Que dios es una fuerza que está presente en todo y que no tie-

ne consciencia de sí mismo. Si se quiere, que dios es la vida. Vida que está presente entre nosotros, los bichos, las plantas. Vida que no tiene consciencia de sí misma y que es una sola vida. Un fluido presente en todo mundo. Este fluido, esta vida, tiene como objetivo despersonalizar, liquidar a las personas para que ellas se preparen a desaparecer cuando mueran. Desaparecer dentro de ese gran conjunto sin pensamiento al que llaman dios.

Civilización cristiana y cortesía

De las consideraciones anteriores se deriva que hay una concepción católica y otra panteísta y pagana de la civilización. Para la católica la persona en esta vida debe personificarse cada vez más para después adorar en el Cielo a las tres personas de la Santísima Trinidad. La panteísta lo que quiere es que cada vez se diluyan más las personalidades.

La civilización católica hace de la vida ante todo una relación de persona a persona, y concibe la educación para que cada persona sea ella misma respetando la personalidad de los otros, sintiendo las afinidades y las diferencias, con lo cual nace la cortesía.

Entonces ¿qué es cortesía? Es la perfecta afinidad de personas dis-



"Caballeros de Cristo"
Catedral de Ghent, Bélgica

tintas unas de las otras. Hay entonces un abismo que separa una persona de otra. Yo soy yo. Soy un circuito cerrado sobre mí mismo. Cada uno de ustedes es un circuito cerrado sobre sí mismo. De otro lado, nos relacionamos porque somos hombres.

La cortesía es la perfecta relación que pasa sobre ese abismo que existe entre hombre y hombre. La fuerza que ata ese abismo se llama amor fraterno católico. La cortesía es el lazo lleno de respeto, distinción, de afecto que prende a las personas diferentes y las coloca en una relación como a las notas musicales. Bien se podría decir que las notas musicales están en estado de mutua cortesía unas respecto a las otras.

Imaginemos una persona distraída que pasa delante de un piano que está con la tapa levantada, repentinamente se resbala y se apoya en el teclado para no caer, sale un sonido horroroso parecido a una descortesía. ¿Por qué? Porque no hubo armonía en ese sonido.

La cortesía es la musicalidad en las relaciones humanas. Pero en esa musicalidad cada hombre constituye su personalidad apoyado por el otro, y todos crecen, todos brillan cada uno con la luz de su propia personalidad.

De aquí parten innumerables consecuencias. Una de ellas es que en la civilización medieval la ley tenía en cuenta derechos y deberes, lo que la ley contemporánea ya no toma más en consideración. Por ejemplo el deber del beneficiado respecto al benefactor es la gratitud. En la ley de hoy ya casi ni quedan resquicios de ese deber. En la ley de la Edad Media el deber de gratitud era enorme. De eso fue que nació el feudalismo que era una concatenación de gratitudes. El rey le daba tierras a un feudatario que se convertía en un vasallo de ese rey. El feudatario a su vez cedía tierras a un noble de menor rango que se hacía vasallo de ese feudatario. Ese noble menor daba tierras a un

plebeyo que quedaba vasallo de ese noble menor. Cada uno de los que daban quedaba obligado a proteger en todo al que había recibido. Y cada uno de los que recibían quedaba en la obligación de obedecer y apoyar a aquel que había sido su benefactor. Y esta era la mutua concatenación de las relaciones personales.

Noble y burgués en la Edad media y el Antiguo Régimen

En la Edad Media los derechos sobre las personas eran más importantes que los derechos sobre las cosas, aunque se ejercía también derecho sobre estas.

¿Quieren ver un ejemplo curioso? ¿Quién era más: un riquísimo burgués o un pequeño noble señor feudal con su castillito y una aldea? El Noble era más. ¿Pero el burgués no era más rico y poderoso? La respuesta que nos daría un medieval sería la siguiente: "No hay comparación. El Noble gobierna personas. El burgués gobierna materia, gobierna oro. Y es mucho más gobernar hombres que oro. De manera que es una riqueza metafísica mayor ser señor de una pequeña aldea que dueño de una gran fortuna".

No sé si se percibe bien lo que era el respeto por el hombre que hay en esto. Y es por eso que, por ejemplo, si entraba en una ciudad un señor feudal montado en un caballo ordinario, vestido un poco pobremente, acompañado de un escudero a pie porque no tenía un caballo; el noble portando una espada en un forro ya muy gastado y llevando un sombrero con una pluma que ya había soportado varios aguaceros... Y pasaba delante de un burgués vestido de terciopelo con un magnífico sombrero con piedras preciosas, y no con pluma, sino con toda una cola de pájaro en el sombrero, el burgués se descubría dando un paso al frente e inclinándose, y el noble le correspondía amablemente sin descubrirse la cabeza y montado en su caballo.

Alguien podría decir que eso es intolerable orgullo. No. Es precisamente lo contrario. El Noble reafirmaba con eso el valor de sus vasallos porque son hombres y valen más que el oro del burgués. Esto no se encuentra fácilmente en ningún manual de historia hoy día, pero era la manera como el medieval concebía las relaciones humanas.

Terminada ya la Edad Media, el feudalismo se fue acabando pero algunos restos quedaron en la sociedad conocida como el *Ancien Régime*³. La sociedad de aquel entonces se transformó pero algo del feudalismo todavía existía.

Consideremos por ejemplo un Noble y un burgués riquísimo durante el mencionado *Ancien Régime*. ¿Por qué aquel era noble? Porque pertenecía a una clase social que tenía la obligación de ir a las guerras y derramar su sangre por el rey. En cuanto el burgués no tenía obligación de prestar ningún servicio militar salvo que lo solicitase.

El Noble tenía esa excelencia de alma de aceptar ser de la clase obligada a ir a morir por la patria aunque no quisiese, es decir que era un crimen no ir. Como la dedicación abnegada vale más que el oro, porque ella es una cualidad del hombre, y un hombre vale más que el metal, por eso el Noble valía más que el burgués. No sé si percibimos aquí la acción continua del valor de la persona humana.

Ustedes preguntarán: ¿Y si un burgués o un plebeyo quería ir a la guerra? Ah! Si él fuese a la guerra y allí se tornase en un héroe, frecuentemente sucedía que lo elevaban a la condición de Noble. Pero a partir de ahí él ya se tenía que encajar en otro círculo de vida: se acababa la vida cómoda, terminaban los despreocupados paseos de verano, terminaban también los agradables conteos de las ganancias atrás de la ventanilla de su tienda. Porque habitualmente en aquella época, cuando llegaba la primavera o el verano, comenzaban

las guerras y todos los nobles tenían que partir al combate. Si a un Burgués o plebeyo lo habían hecho noble, tenía que ir también a la guerra.

Es comprensible que el número de candidatos para hacerse nobles era bien menor de lo que se puede imaginar a primera vista.

¿Cómo explicar esto? Es la prevalencia del hombre sobre la materia, de las cualidades humanas sobre las materiales.

El burgués llevaba una vida mucho más confortable que la del Noble. Vean los grabados de la época representando el interior de las casas burguesas: son residencias agradables, acogedoras, comodonas, con abundancia de cosas, etc., hechas para la persona llevar una vida regalada, despreocupada. Observen los grabados representando los salones de los palacios. Son muy lindos y de alto lujo pero no son muy cómodos. Basta ver los muebles. Si el individuo se sienta en uno de ellos sin cierta reflexión y sin cuidado,

se podía caer con silla y todo. Aquellos muebles exigen que la persona esté en una actitud de continua dignidad y gran distinción. El pulido modo de hablar en esos salones exigía una atención continua en el lenguaje que se usaba, en las fórmulas de cortesía y la etiqueta para estar a la altura de la situación. ¡Y qué cultura debía tenerse para mantener aquellas grandes conversaciones!

Pensemos simplemente en esto: la presentación de una jovencita noble en sociedad. ♦

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia de 29/6/1974).



- 1) Cualidades espirituales, psicológicas e incluso físicas que Dios pone en una persona para distinguirla de otras.
- 2) Del latín: Hay diferencia entre las estrellas (1 Cor, 15,41)
- 3) Del francés: Antiguo Régimen. Sistema social y político aristocrático vigente en Francia entre los siglos XVI al XVIII.





Castidad y coraje

El hombre casto es fuerte y corajoso. Pero aquel que juega con la tentación, comienza a subir en su interior – turbia, indolente, viscosa – la sensualidad, y cae. Esa caída introduce una debilidad, que en la hora del peligro lo conducirá a la cobardía.

La Orden del Templo [Templarios] nació en Jerusalén, en 1118, del deseo de un piadoso caballero de Champagne, Hugues de Payens, a fin de proporcionar ayuda y protección a los peregrinos que afluían de toda Europa hacia el Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

Los “Pobres Caballeros de Cristo”

La primera Cruzada no les abrió un camino de comodidades. Eran continuamente atacados por los turcos, destrozados, extorsionados, esclavizados o muertos. Los cruzados que se establecieron en el país constituyeron, en el propio reino franco de Oriente, colonias que era necesario proteger. Les faltaba una protec-

ción armada, porque las tropas del reino franco no eran suficientes.

Fue con esa intención que Hugues de Payens congregó un puñado de hombres. No eran más que nueve al inicio, de los cuales no conocemos los nombres, y que se agruparon bajo el título de “Pobres Caballeros de Cristo”. Por causa de ellos se reunió, en 1128, el Concilio de Troyes, donde los “Pobres Caballeros de Cristo” recibieron de San Bernardo, en presencia del Legado Pontificio, de dos arzobispos y diez obispos, sus cartas de Caballería.

El nuevo Rey de Jerusalén, Balduino II, los alojó en su palacio, cerca al Templo de Salomón, de ahí su nombre. Con sus cartas de Caballería recibían también su Regla, pues se comprometieron a través de votos a observar la pobreza, la obediencia y la casti-

dad, sin la cual no habría existido la Orden del Templo. “La castidad es la seguridad del coraje”, se lee en su Regla.

No citaré sino la página¹ que me pareció más bella, porque ella contiene toda la renuncia que la Orden exigía y la grandeza que daba a cambio. Los que deseaban ser caballeros, el día en que eran revestidos, se abrían ante ellos las puertas del Templo.

He aquí un trecho de la Regla:

Vosotros renunciaréis – les decía el maestro – a vuestras propias voluntades y al servicio del rey, por la salvación de vuestras almas y para rezar, según lo establecido por las reglas y la costumbre de los maestros reconocidos en la ciudad santa de Jerusalén. A cambio,



Dios será vuestro, si prometéis despreciar el mundo engaador, por el amor eterno de Dios, y despreciar todos los tormentos de vuestros corazones. Saciados por el alimento de Dios, embriagados por los mandamientos de Nuestro Señor, no temeremos ir a la batalla, pues es ir en dirección a la corona.

Coraje: firmeza de principios y ardor de ideales

Destacamos de este fragmento algunos pensamientos, de los cuales el primero es este: “La castidad es la seguridad del coraje”. Lo que está afirmado aquí es que el hombre casto tiene una fuerza y un coraje que el hombre no casto no posee.

Casi se diría que eso es mentira, porque el mundo de hoy acostumbra afirmar y proclamar lo opuesto: que el hombre casto es medroso, mientras que, por el contrario, el que no tiene pureza se lanza a todas las aventuras y por esa razón es propiamente un hombre fuerte. Entonces, se trata



Institución de la Orden del Templo – Palacio de Versailles, Francia

François Marius Granet (CC3.0)

de probar que esa segunda opinión – que es la opinión pagana – es falsa, y que la primera es la verdadera.

¿Cómo se prueba que la primera opinión es la verdadera? La prueba es simple. En último análisis, ¿qué viene a ser el coraje? Es la firmeza de principios y el ardor de ideales por los cuales nosotros controlamos el miedo y sacrificamos nuestra integridad física, nuestra vida, y corremos cualquier otro peligro, de orden intelectual o moral, en beneficio de nuestros ideales.

En términos más simples: si una persona tiene un determinado ideal, con principios bastante firmes para estar de hecho convencida de ese ideal y lo tiene como verdadero, ella posee una voluntad ardorosa, por donde ama ese ideal más que su propia vida.

Si eso se da, en la hora en que la persona siente miedo de morir, de ser herida, calumniada, despreciada, perseguida, etc., ella es capaz de controlar ese miedo en holocausto a sus ideales.

Es decir, fundamentalmente, el coraje se define como una firmeza en el pensar, en el querer, en el controlar.

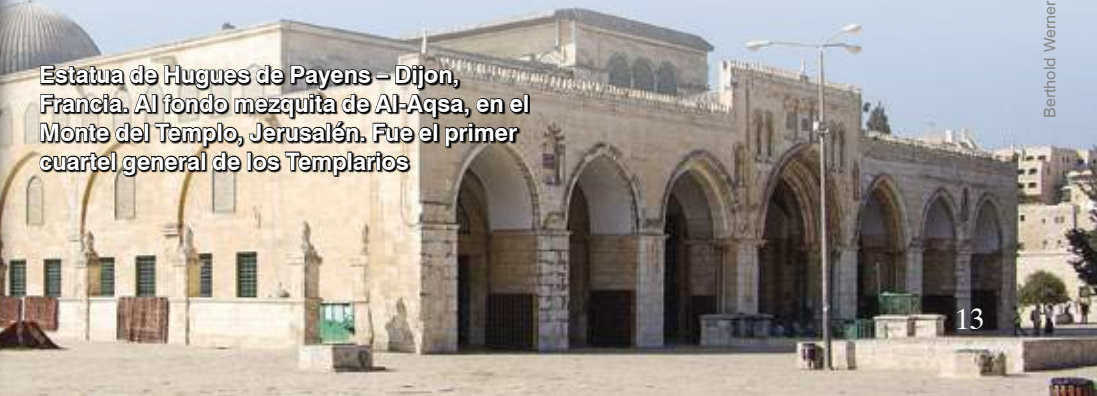
La castidad es por excelencia una firmeza; la impureza, una cobardía

Ahora, la castidad, es por excelencia una firmeza. Es exactamente aquel alto grado de firmeza y de coraje por donde, cuando uno está convencido de que debe ser puro, el hombre comprende la belleza y la nobleza incomparables del ideal de pureza. Cuando comprende que la voluntad de Dios es esa, y que así debe ser; cuando tiene amor a esa pureza por amor a la voluntad del Creador, aunque sea tentado, rechaza la sugestión de la tentación y se mantiene puro. El hecho de la fidelidad en la pureza es, por definición y en su substancia, un acto de coraje. De manera que el puro es un cora-



François de Dijon (CC3.0)

Estatua de Hugues de Payens – Dijon, Francia. Al fondo mezquita de Al-Aqsa, en el Monte del Templo, Jerusalén. Fue el primer cuartel general de los Templarios



Berthold Werner (CC3.0)



joso, el corajoso es un puro. Las dos cosas son reversibles como una parte en el todo y el todo en una parte.

Por el contrario, imaginemos al individuo que cede a los instintos de la carne. Aparece la ocasión, es seducido; a pesar de que su conciencia le diga que es malo, y en su voluntad haya algo que rechaza aquello, comienza a jugar con la tentación: piensa, no piensa; mira, no mira; acepta, no acepta. Comienza, entonces, a subir en él – turbia, indolente, viscosa por naturaleza y por definición – la sensualidad. Finalmente cae. ¿Esa caída no lo dispone a la indolencia? Y esa indolencia ¿No lo dispone a otra indolencia en la hora del peligro? Es evidente que sí.

De manera que el hombre puro es el verdadero corajoso. El hombre impuro tiene en la impureza un factor para no ser corajoso, un elemento de cobardía, de miedo.

Alguien dirá: nosotros vemos en la Historia legiones enteras de hombres impuros que se portan con mucho coraje.

Cuando constatamos, en una narración histórica, por ejemplo, que mil, dos mil mahometanos se lanzan contra los católicos para derrotarlos, ¿Es verdad que los moros avanzan con verdadero coraje? Son fanáticos. Ellos avanzan en un torbellino de indignación y de furia que, de momen-

to, sube en ellos. Son naturalmente muy inflamables.

Pero cuando pasa el ímpetu, pasa aquel impulso, y comienza la reflexión, entonces es la hora del coraje. Porque no es coraje verdadero el del individuo que ataca ciego de furor, sin medir siquiera sus actos. Ese es un rabioso, un loco, que perdió el instinto de conservación, un tonto, no un corajoso. Hace eso como cualquier camorrista en la calle podría hacer; como un borracho, por ejemplo, puede provocar a otro y hasta arriesgar la vida. Pero no es el verdadero coraje, que consiste en una directriz, un control, una norma. Es apenas un desbordamiento irregular e inconstante, como son todos los desbordamientos.

Es una de las razones por las cuales, en las guerras de la Reconquista, los católicos de Portugal y de España acabaron venciendo a los moros: exactamente porque eran puros y corajosos. Los moros eran mucho más numerosos; los nuestros tuvieron, durante casi todo el tiempo, tropas muy superiores para enfrentar. Y los mahometanos fueron retrocediendo porque tenían furor, pero no rompían el ímpetu del católico y huían. No tenían la fuerza de alma necesaria para una prolongada resistencia.

La castidad es una dedicación...

Otro objetará: “Pero yo conozco muchos puros que son medrosos.”

Eso puede pasar. Es un puro que no llevó su pureza hasta las últimas consecuencias. Sin embargo, de sí, la pureza tiende a hacer del hombre un corajoso. El mismo hombre que tiene un coraje igual a cinco y es puro, si fuese enteramente puro tendría un coraje igual a diez; y si fuese impuro, tendría un coraje igual a cero. De sí, una virtud invita a la otra.

Por lo tanto, la Regla de los Templarios decía una cosa perfectamente verdadera: la pureza es el centine-

la del coraje. El verdadero caballero tiene que ser casto.

Eso tiene una aplicación eminente para nosotros, porque si deseamos ser verdaderos caballeros, si queremos enfrentar todos los riesgos inherentes a quien se mete en nuestra gran lucha por la Civilización Cristiana, debemos ser castos y puros. Debemos temer no poseer el verdadero coraje por no tener la plena castidad.

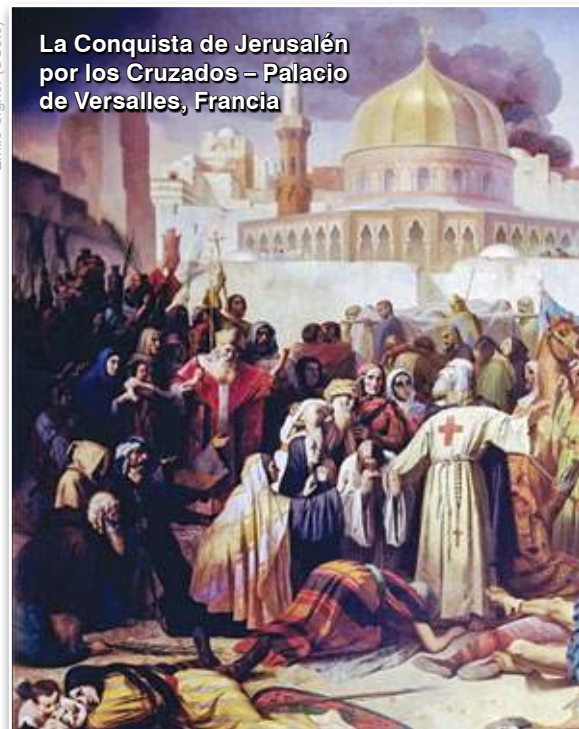
Además, Dios bendice el varón casto y está con él. El auxilio para el varón casto en toda especie de lucha es la protección de Dios, que ama al casto de modo especial.

De la castidad no hay alabanza que no se pueda hacer. Ella es por excelencia una dedicación, porque un hombre verdaderamente casto renuncia a una porción de cosas a fin de vivir para un ideal más alto. Un ideal que tiene eso de específico: no nos da recompensas en la Tierra, pero sí en el Cielo, y por eso es el auge de la dedicación volcada propiamente para Dios, porque el ideal católico es el más puro, el reflejo más cercano de Dios.

... y una grandeza por excelencia

¿La castidad es una grandeza? A mi ver, es la grandeza por excelencia. En-

La Conquista de Jerusalén por los Cruzados – Palacio de Versalles, Francia



Émile Signol (CC3.0)

tre un rey no casto y el último recogedor de basura casto, es más el recogedor de basura casto que el rey no casto.

Es la virtud que acentúa más en el hombre la nota espiritual. Ahora, como el hombre es espíritu y materia, y su grandeza consiste principalmente en el espíritu, cuanto más sea puro, el factor espíritu domina más en él y se eleva más con la verdadera y pura grandeza del hombre. La castidad es, por tanto, una grandeza.

Otra enseñanza que obtenemos del fragmento leído, está expresado en esta idea: si el Templario se dedica enteramente, recibirá como premio la grandeza.

El mundo piensa lo contrario: aquellos que se dedican son pequeños; grandes son aquellos que reciben la dedicación. Por ejemplo, un discípulo que se dedica a su maestro. El discípulo es menor que el maestro. Entonces, es despreciable ser dedicado, y extraordinario ser objeto de una dedicación. El hombre verdaderamente grande no se dedica, despierta la dedicación. La imagen del dictador es esta: un hombre llevando atrás de sí millares que se dedican a él, pero él no se dedica a nadie.

La Doctrina Católica enseña lo contrario. La razón de ser de los grandes está en ser dedicados, pues

sin la dedicación no existe verdadera grandeza. Todo hombre constituido en una situación elevada, sea cual sea, está puesto allí para dedicarse. Es el padre, el pastor y debe, por lo tanto, dar su vida por todos. Necesita realizar todos sus actos para el bien de aquellos sobre los que manda. Él no fue hecho para sacar ventajas del cargo, sino para servir. Fue lo que dijo Nuestro Señor: “El hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20, 28)

Admiración y grandeza

Esta verdad tiene, así como una medalla, su reverso: Aquel que es pequeño y sirve con satisfacción recibe la grandeza.

Admirar consiste en mirar algo con entusiasmo, entendiendo la grandeza de aquello y amándola. Cuando comprendemos y amamos la grandeza de alguien, nos disponemos normalmente a dedicarnos a él, a servirlo. Por lo tanto, las almas capaces de admirar son también capaces de dedicarse y de servir.

La admiración es la puerta de toda grandeza y es imposible que admire algo sin que la grandeza de aquello que admiré, de algún modo, penetre en mí. Por eso, la grandeza es dada a los que admiran y se dedican al objeto de su admiración. Aquellos que son grandes deben ser dedicados. En este sentido se podría interpretar el versículo del *Magnificat* que dice “Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (Lc 1, 52) como una invitación hecha a los poderosos para bajar de su sede y servir a los pequeños; y a éstos a elevarse por la admiración y llenarse de la grandeza de los poderosos. Tenemos, así, la admirable armonía del universo, donde grandes y pequeños coexisten unos para los otros, según la Doctrina de Nuestro Señor Jesucristo.



Esto debe infundir en nosotros una admiración cada vez mayor por la Civilización Cristiana con su orden, su sabiduría profunda, su armonía extraordinaria, su espíritu intrínseco y substancialmente anti-igualitario, que nos muestra la desigualdad como una cosa digna de amor, de entusiasmo.

Por otro lado, debe inspirarnos la idea de que la Civilización Cristiana, tan alta y extraordinaria, necesita ser defendida con todo el coraje, y ese coraje lo tendrán los puros.

“Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8). Estos no verán a Dios apenas en el Cielo. Los puros tienen una mirada límpida para ver, en esta Tierra, la conformidad de las cosas buenas con Dios, y ser corajosos para luchar hasta la última gota de su sangre en defensa de aquello que está de acuerdo con Dios.

Comprendemos mejor, así, los impulsos profundos del coraje de los Templarios. Esos caballeros, que en su época de oro fueron extraordinarios y sirvieron de muralla para la Civilización Cristiana, definieron el tipo perfecto de caballero católico. ♦

(Extraído de conferencia de
3/2/1973)

1) No tenemos información de la obra en que se basó el Dr. Plinio.



Auxiliadora en defensa de la Fe

La invocación de María Auxiliadora nos recuerda, sobre todo, su acción en defensa de la Fe Católica.

La invocación de María Auxiliadora de los Cristianos fue introducida en las Letanías Lauretanas por San Pío V, en conmemoración por la victoria contra los turcos, en Lepanto. La fiesta fue instituida por Pío VII en acción de gracias por su regreso a Roma después de haber estado preso por Napoleón.

Auxiliadora sobre todo en la expansión de la Fe

Sobre la devoción a María Auxiliadora, tenemos aquí una ficha sacada de la “Vida y Obra de D. Bosco”¹. Los compañeros de D. Bosco observaron que desde el año de 1860, comenzó a llamar e invocar a la Santísima Virgen bajo el título de María Auxiliadora, Maria Auxilium Christianorum. Él era devotísimo — y lo fue siempre — de la Inmaculada Concepción. Todas sus grandes obras comenzaron un día 8 de diciembre. Sin embargo, unía siempre los dos títulos diciendo: María Inmaculada Auxiliadora. Porque en sueños, la Virgen le ha-

bía ordenado que este debía ser el distintivo de la congregación.

Un día de diciembre de 1862, ante a un grupo de niños que jugaba les dice:

— ¿Ven aquel lado del patio? Allí vamos a construir una iglesia magnífica para la Madre de Dios. ¿Cómo debemos llamarla? La llamaremos María Auxiliadora. Hasta ahora hemos celebrado con solemnidad y pompa la fiesta de la Inmaculada Concepción, y continuaremos haciéndolo. Pero además, la propia Virgen Santísima quiere que la honremos con el título y la invocación de Auxiliadora. Los tiempos en que vivimos son tan tristes. Tenemos verdadera necesidad de que la Santísima Virgen nos ayude a conservar y defender la fe cristiana como en Lepanto, como en Viena, como en Savona y Roma. Ella lo quiere, y aquí vendrán multitudes inmensas a implorar el auxilio omnipotente de la Virgen Santísima.

Alguien objetó:

— Pero esto costará mucho dinero.

Respondió D. Bosco:

— La Virgen es quien paga. Ella quiere su iglesia, y es natural que tam-

San Pío V – Basílica de María Auxiliadora, Turín, Italia

Batalla de Lepanto

bién piense en pagar sus gastos. Pero para esto tenemos que merecerlo.

Nuestra Señora, en cuanto auxiliadora, se honra de dar a los cristianos toda clase de auxilios, tanto en las necesidades espirituales cuanto en las materiales, desde que esté de acuerdo con la voluntad de Dios y sea para beneficio de nuestras almas. El problema es pedir. Cuando se pide con empeño se obtiene. Y si no obtenemos lo que pedimos, obtendremos otra cosa mucho mejor.

Entretanto, vemos que D. Bosco entendía la advocación de Nuestra Señora como Auxilio de los Cristianos, principalmente para la defensa de la Fe y para la lucha en pro de la Causa Católica. Él habla de esa necesidad recordando Lepanto, el gran cerco de Viena contra los turcos, Savona y las dificultades de Pío VII con Napoleón.

Debemos, entonces, invocar a María Auxiliadora y pedir frecuentemente su intercesión en nuestro apostolado, en las situaciones difíciles, en las que van caminando lentamente, en los casos complicados de las almas, etc.

Ella es Auxilio de los cristianos en el crecimiento de la Fe, en la lucha por la Fe. Y debemos pedir a Nuestra Señora en aquellas dificultades que emprendemos por la Fe, que Ella nos ayude a llevarlas adelante.

Auxilio en las grandes y en las pequeñas cosas

D. Chautard² condena el error de las personas que piensan: “Que Dios me ayude en las circunstancias excepcionales, pues en las situaciones comunes yo me las arreglo sin Él”. Eso está mal; debemos contar con la asistencia

de Dios y de María Santísima en todas las circunstancias, inclusive en las más pequeñas. Naturalmente, esta necesidad crece en las situaciones importantes y en las más improbables.

Hay una invocación a Santa Rita de Casia, que me gusta mucho: “Santa Rita de los imposibles”. Otra forma de referirnos a María Auxiliadora sería “Nuestra Señora de los Imposibles”, que consigue aquello que humanamente hablando es imposible, quimérico. Esto lo alcanza Ella, sobre todo, con miras a la victoria de la Iglesia y a la salvación de las almas.

Ciertas revelaciones particulares nos hablan de los últimos tiempos y nos presentan a Nuestra Señora como auxiliadora. Habrá un determinado momento en que cierta partida católica estará completamente perdida. Y entonces un jefe invocará a San Miguel Arcángel que, por orden de Nuestra Señora, vendrá a auxiliar a los católicos, ganará la batalla, caerá el poderío del demonio y nacerá el Reino de María.

Debemos tener presente esto: es la Santísima Virgen quien auxilia e interviene. A todo momento debemos pedir a Ella ese auxilio. Recomendando que esta intención sea ardentemente contemplada el día de la Fiesta de María Auxiliadora.

Oración a María Auxiliadora

Vamos ahora a leer una oración compuesta por San Juan Bosco a María Auxiliadora:



“Oh, María, Virgen poderosa, Vos sois grande e ilustre defensora de la Iglesia; Vos sois auxilio maravilloso de los cristianos; Vos sois terrible como un ejército en orden de batalla; Vos, que destruiste las herejías en todo el mundo, en nuestras angustias, en nuestras luchas, en nuestras aflicciones, defiéndenos del enemigo y en la hora de la muerte acoge nuestra alma en el Paraíso. Amén.”

Es una linda oración, que muestra como en su pensamiento tenía la idea de que Nuestra Señora es la auxiliadora de la Iglesia. ♦

(Extraído de conferencia de 24/5/1967)

1) No disponemos de los datos bibliográficos de la referida obra.

2) Don Jean-Baptiste Chautard (*1858 - †1935), monje trapense y Abad del Monasterio de Sept-Fons.





La búsqueda de lo absoluto y la convivencia perfecta – I

La perfección del relacionamiento humano está profundamente condicionada a la capacidad que las almas tengan de trascender a la fruición meramente material y elevarse a una esfera metafísica y sobrenatural.

Lo maravilloso en el orden temporal tiene como resultado la tendencia hacia el Cielo empíreo.

Deliciarse con los bienes temporales buscando lo absoluto es un acto de naturaleza espiritual

Normalmente, para el común de los hombres – no para uno con una vocación especial –, lo maravilloso, lo

religioso, no pueden ser vistos a no ser en una orientación análoga con la cosa temporal. Por lo tanto, el gran complacimiento con la cosa temporal no se confunde con el acto de voluptuosidad, sino que es un acto de naturaleza espiritual cuando se busca en él lo absoluto. Toda la teoría de la búsqueda del absoluto en función de las cosas temporales, es lo que lleva al Cielo empíreo. Porque en el Cielo empíreo la cosa sensible le es dada al hombre para ayudar a su integración en la visión beatífica.

Plinio, el día de su Primera Comunión

Archivo Revista

Guilherme Gaensly (CC3.0)



Valle de Anhangabaú y Estación de la Luz, São Paulo, hacia el año 1900



Guilherme Gaensly (CC3.0)

En mí, la problemática metafísica fue modelada por la influencia de la *Fräulein Mathilde*¹, porque un mundo de cosas de la mentalidad, de la educación de los niños alemanes está embebido de la idea de que ciertas cosas tienen valor metafísico. Pero no van más adelante y no relacionan este valor metafísico con Dios.

Entonces, por mil aspectos, mi alma adhería mucho a eso. Y observaba que la búsqueda de lo absoluto me conducía hacia la Iglesia, me completaba como católico, y por lo tanto debería estimularla. Porque un día llegaría en el cual las cosas se conectarían. Me daba cuenta de la disonancia entre la posición que yo tomaba y la de otras personas, y discernía a todas luces que la actitud de ellas no podía ser la católica.

Por el lado brasileño, también me ayudó para esto la vida tranquila y, hasta cierto punto regalada, existente en la ciudad de São Paulo de mi tiempo, en la cual, una serie de deleites todavía eran concebidos dentro del orden tradicional, y yo observaba que esos placeres tenían una coherencia con los principios católicos, y, por tanto, la cuestión no consistía en dejar de lado esos deleites rectos, sino enseñar a las personas a conservarlos.

Un ejemplo característico tan significativo, casi infantil: El árbol de Navidad. Delante de un árbol de Navidad, un niño muy virtuoso tenía dos caminos: por penitencia, comer cosas que no le gustan y torturar su Navidad, o, por otro lado, gozar su Navidad. Ahora, si bien comprendo en tesis que un alma llamada de modo muy especial, Dios pueda exigirle el sacrificio de la Navidad, para mí, ¡habría sido de una asfixia formidable!

El gozo recto, santo, inocente de la Navidad, me llenaba de amor a Dios. Y también con una serie de cosas, por ejemplo, la vida un tanto ceremoniosa que se llevaba en mi ambiente familiar. Eso ofrecía una vida con buenas satisfacciones. Esa teoría de la sa-

tisfacción santificante no podría dejar de conducir a una teoría del Cielo empíreo. De donde, durante décadas, yo insistía, de una manera u otra, sobre la satisfacción buena santificante. En cierto momento, cayó en mis manos un material sobre el Cielo empíreo, de Cornelio a Lápide².

Dos escuelas espirituales frente a los deleites legítimos

Según cierta escuela espiritual, una persona virtuosa, en la hora de recoger fresas en los bosques, diría: “¡Oh, huyamos de esto! No nos olvidemos que hoy es viernes y que Nuestro Señor padeció por nosotros”. Es una consideración muy santa, muy recta, para un cierto filón de almas. Para otro filón: “Vaya a recoger fresas en el bosque, pase por la capilla, por la parroquia que está abierta, rece el *Viacrucis*, porque es viernes, Nuestro Señor murió en ese día”. Está muy bien.

Estoy viendo que, a partir de ahí, una persona podría decirme: “Ofrezca ese pequeño sacrificio y renuncie a eso porque no es grato a Dios”. Yo respondo: Desde ya pongo en duda lo que Ud. dice. Hay ciertos casos en que sí lo es, y hay ciertos casos en que no lo es.

Cierta vez, una persona me dijo: “¿Ud. quiere practicar la virtud? Haga lo siguiente: Cuando Ud. quiera estirar las piernas, crúcelas; cuando quiera cruzarlas, haga lo contrario, y así sucesi-

vamente, lo opuesto de lo que Ud. quiere. Por la noche tendrá una tonelada de méritos”. Pensé conmigo: “No voy a desanimar a esta buena alma, pero tengo un abismo de malestar y de perplejidad con eso”.

Alternativa frente a la fruición y el riesgo de abandonar la “transesfera”

Cuando la persona está en la fase anterior a las pruebas, el deleite es casi siempre santificante. Entretanto, hay un determinado momento en la evolución de una persona, en que el deleite de la cosa por la cosa se diferencia provechosamente del deleite, por causa de aquello que ella significa. Entonces, por ejemplo, el deleite físico de entretenerse jugando con esta piedra que adorna mi mesa, es el deleite espiritual de contemplar las ranuras que hay en ella, y cómo se diferencian unas de otras. Más o



Archivo Revista



menos, como dentro del cáliz de una flor se diferencian los pétalos.

Y, consecuentemente, comienza a aparecer un apego que ya no es concomitante con el deleite espiritual, sino que es autónomo, y que nace en una profundidad del alma, lo mismo que el deleite espiritual.

Digamos, por ejemplo, el baño en el mar. Puede dar simultáneamente toda especie de deleites físicos y espirituales. Pero hay un momento en que el deleite puramente físico del baño en el mar, de la respiración cutánea, en fin, del movimiento, de la aventura en las olas, del *pulchrum* del mar, se presenta diferenciado de aquello que sería lo transesférico³, en que la atención ora va para una cosa, ora va para otra. Cuando eso se da, el amor por lo transesférico comienza a ser probado, porque el alma no puede dar atención en dos cosas al mismo tiempo. El alma no puede pensar cómo sería el mar transesférico y fruir con toda el alma de aquél mar concreto. Y comienza la prueba.

Se da una especie de alternativa en la cual, de inmediato, todavía no entra directamente la tentación para el mal, pero está a un milímetro. La persona puede ser más arrastrada por la fruición del mar, en cuanto mar sensible, que en cuanto mar transesférico, por el simple hecho de que esa fruición del mar sensible tiene cualquier cosa de absoluto, de imperativo, de arrebatador, que es una cosa tremenda. Y con eso

la persona se pone ante la siguiente opción: “¿Cuál de las dos es mejor?”.

Para la mayoría de las personas, esa elección sucede en los límites de la semi-consciencia: por la inteligencia, la persona percibe que una de las dos opciones es más noble, que corresponde mejor a su entera estatura, que la otra opción apenas le presenta la fruición de una parte. De un modo más o menos implícito, positivamente lo ve.

El alma puede comenzar a optar por uno de esos dos polos, y, por lo tanto, entrar por el camino de Esaú o de Jacob. Y cuando el alma está en ese estado, la parte frutiva más baja, comienza a deformarse, y constituye ansiedades, apegos, tormentos, y reacciones propias del pavor de perder aquél placer. Y lo metafísico comienza a empalidecer porque no interviene en nada, o en muy poco; aquella fruición llena el horizonte de la persona. Entonces, entra ahí una especie de opción que acompaña a la persona toda la vida.

Si una persona, frente a esa fruición dijese: “Así no te quiero y porque no quiero ser infiel, voy a contenerme, a limitarte, a reducirte a las debidas proporciones, y si fuese el caso, te elimino”. Entonces hay un sacrificio que vale mucho más que el amor inocente no sacrificado de los primeros años. Entra la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Si por el contrario la persona opta por una fruición desvinculada de eso, se equivoca completamente.

Del amor a un orden superior nace el relacionamiento perfecto entre los hombres

Esos problemas de la vida se relacionan cronológicamente según una maduración prevista por la Providencia: en el niño, con el amor primero no puesto a prueba, él no tiene dificultades de relacionamiento con los suyos, y aquello es manso, “mar azul”. La madre, el padre, los hermanos, los parientes todos, todo aquello es una maravilla. Después comienzan a aparecer las diferencias y las decepciones, como también los actos de justicia en relación a estos y aquellos, y el mundo familiar se va rasgando.

Tanto hay rasgones internos como externos, se presentan los deberes que la persona sigue o no sigue, juntamente con varias probaciones simultáneas, y la pubertad tarde o temprano, irrumpe dentro de esto, y la persona va entrando en la batalla.

Si imaginásemos almas en una posición enteramente recta a respecto de este asunto, las relaciones entre ellas serían fundamentalmente diversas. Porque esas almas aman principalmente el orden transesférico, místico, sobrenatural para el cual viven, y a causa de eso el relacionamiento con otras almas análogas en función de ese orden es reputado

Guarapari, Espírito Santo, Brasil





Separación de Abram y Lot - Museo de León, España

por ellas como un bien más precioso que el trato basado en otros valores.

Tomemos como ejemplo dos hermanos buenos que se estiman, se aprecian y tienen relaciones de alma completamente correctas en este punto. Aparece entre ellos un asunto de división de una herencia paterna. La herencia se hace amistosamente, sin ninguna dificultad, porque por su rectitud en ese rango superior, son parecidos, y por tanto, tienen facilidad de entenderse y hacer la justa división. Pero también, porque si uno de ellos observase una pequeña flaqueza o un pequeño apego que pueda perjudicar el superior relacionamiento entre ambos, el hermano bueno fácilmente desiste de la ventaja material para conservar una convivencia más elevada.

El episodio bíblico ocurrido entre Abraham y Lot, es característico. Abraham dice: “Aquí están las tierras, elige la parte que quieras, yo me quedo con la otra”.⁴ Esta es la actitud de una persona que aprecia el buen relacionamiento, mucho más que la tierra.

Pero si la persona cedió al deseo del bien material, inferior, de la frui-

ción no metafísica, no religiosa, fácilmente entra en litigio. Cuando las personas no aprecian el buen relacionamiento y el vivir juntos en función de una esfera más alta, se dividen miserablemente respecto a niñerías.

Serían incluso capaces de hacer lo siguiente: “Tal punto no será ni para ti ni para mí. Construyamos allí un altar, un templo, ¡pero tuyo no será!”

En la Cristiandad medieval, los vínculos estaban basados en el amor transcendente

Así, todas las relaciones humanas de orden político, social, familiar, o económico son completamente diferentes en un mundo en el cual exista este buen ordenamiento. Desde el punto de vista humano, formas de gobierno, estructuras, leyes simplemente no arraigan, en la medida que no exista ese relacionamiento superior.

La lealtad, por ejemplo, proviene propiamente del hecho de que alguien tenga verazmente, en relación a otro, esa disposición de alma. Tenerla y saber hacerla notoria, esta es la lealtad que permite funcionar rectamente vínculos como los de la sociedad feudal.

El punto de partida consiste en que las almas no sean apegadas a las cosas de modo frutivo y amen lo transcendente.

Ese amor a lo transcendente, la Cristiandad medieval lo conoció a fondo, si bien no supiese explicitarlo. Todos los vínculos del orden social estaban fundamentados en ese vínculo de las almas por el lado superior. ♦

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia de 11/3/1982)

- 1) Fräulein Mathilde Heldmann, originaria de Regensburg en Baviera, Alemania, institutriz del Dr. Plinio.
- 2) Jesuita y exegeta flamenco (* 1567 - † 1637)
- 3) Relativo a “transesfera”: término creado por el Dr. Plinio para significar que, encima de las realidades visibles, existen las invisibles. Las primeras constituyen la esfera, o sea, el universo material; y las invisibles, la transesfera.
- 4) Cf. Gn. 13, 8-9.



Esclavitud de amor, desposorio místico e intercambio de voluntades

Cada persona debe buscar llevar una vida de tal modo unida a Nuestro Señor, que sus pensamientos, miradas y gestos, por menores que sean, se conformen a la mentalidad del Redentor.

Me piden comentar la frase de San Pablo: “No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gl. 2, 20). Aunque nunca he leído comentarios exegéticos sobre esto, voy a dar la impresión que me causa este texto tan conocido.

Cada uno debe alcanzar un tipo de santidad para imitar perfectamente a Nuestro Señor

Nuestro Señor Jesucristo tiene en relación a cada uno de nosotros un designio enormemente amplio. Un modo superficial de considerar el texto de San Pablo sería afirmar que “no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”, significa realizar los designios de Nuestro Señor a mi respecto y, por lo tanto, que debo abandonar mi propio egoísmo y hacer la voluntad de Él. En esto estaría su vida en mí.

Todo esto es correcto... pero es una concepción muy limitada sobre la vida de Jesucristo en cada uno de nosotros. A mi ver, se llega al fondo del asunto considerando lo que sigue:

El designio de Nuestro Señor para cada hombre no es apenas que uno, por ejemplo, sea religioso; otro llegue a una alta posición en un gobierno y haga un decreto estableciendo la unión entre la Iglesia y el Estado en términos muy convenientes para la Iglesia; y que otro funde una escuela, una universidad católica... Sin duda todo esto hace parte de los designios de la Providencia, pero nunca, absolutamente nunca, los designios divinos sobre un hombre se cifran exclusivamente en aquello que se podría llamar la obra de su vida.

Dios tiene el designio de que nuestra alma se configure totalmente según un tipo de santidad por la cual, cada uno siendo lo que es, lo imite perfectamente dentro de esa vía que procede de las peculiaridades propias. Y sea, por así decir, una reedición de Él. Eso es lo que Dios quiere.

La personalidad de Dios es inmensamente rica. Y todos los hombres que creó, desde Adán hasta los últimos que van a existir, constituyen una serie dentro de la cual cada uno debe imitar su personalidad en un punto, como si Él no fuese sino solo aquello. De esta forma, todos los hombres repiten de alguna manera, en grado mayor o menor, a Nuestro Señor Jesucristo, como si fuesen una colección. De manera que, viendo el conjunto, se vea una súper imagen de Nuestro Señor que represente en el cielo una noción global de Él. De modo que al contemplar a toda la humanidad glorificada en el cielo, Él se vea representado, encontrando su gloria en esa representación.

Este es un pensamiento que tiene su

fundamento en el hecho de Dios haber hecho la creación a lo largo de seis días, habiendo descansado en el séptimo. Y al contemplar a los seres creados, vio que cada cosa era buena, pero que el conjunto era mejor (Cf Gen. 1, 31).

El modo de hacer todas las cosas implica una perfección espiritual

Igualmente, también a Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto Hombre-Dios, los hombres en su conjunto, le darán la gloria de representarlo, así como la creación representa a Dios. En el Cielo cada hombre lo representa, pero el conjunto lo representa mejor proporcionando una noción global de Nuestro Señor que ningún hombre le dio; exceptuando solo a la Santísima Virgen. Si bien que ella, haciendo también parte del conjunto que lo representa entre las meras criaturas, es, de lejos, la parte más espléndida y más gloriosa. A tal punto, que sin Nuestra Señora todo eso no valdría nada; pero con ella el valor es inimaginable.

Entonces, Él quiere que yo me conduzca en mi vida -y mi vida abarca mis miradas, mis pensamientos, mis gestos, por menores que sean- expresando, en el fondo, mi mentalidad. Quiere que mi vida y mentalidad sean como las suyas, vistas en ese ángulo minúsculo que se llama “la individualidad de Plinio Corrêa de Oliveira”. Pero esto es así para todos lo que andan caminando por las calles, inclusive los que se pierden.

Por ejemplo, yo podría ahora estar queriendo tomar agua. Desde el punto de vista moral, es totalmente indiferente que yo quiera o no quiera beber agua. Pero si yo la bebo de modo oportuno y sobrio, actuaré de acuerdo con Él; y si yo bebiese de un modo inoportuno, sin moderación y sin fundamento, aunque el hecho de beber agua sea neutro, la ocasión escogida por mí para beber envuelve una razón moral.

El modo de hacer las cosas neutras envuelve una perfección espiritual con vistas a hacer su voluntad y ser su copia en todo; pero aquella copia específica que solamente yo seré capaz de hacer y nadie más. Si



Arquivo Revista



en este empeño yo fallara, nadie más la realizará. Y si fuera bien hecho, lo será por toda la eternidad.

Esto involucra toda nuestra vida en dos sentidos: nos comprometemos por entero, de un lado. Y de otro lado, por la vida que procede de Él somos capaces de eso, porque por nuestra mera naturaleza humana, en consecuencia del pecado original, somos incapaces de alcanzar esa perfección. Por esta razón recibimos la vida de la gracia, don que Él mismo ha creado, que es una participación de su vida divina. Recibimos esa participación y pasamos a vivir con una categoría por donde participamos de la vida del propio Dios, lo que nos hace capaces de realizar el plan que ha trazado para cada uno.

Entonces, si yo considero mi vida así, y me entrego a eso, puedo decir que ya no soy yo quien vive; en el sentido de que no hago mis planes sino los planes de Dios.

Es Él que vive, aunque de un modo singular; porque yo no soy como

un títere en las manos de Dios. Yo entiendo, quiero y siento, por iniciativa propia que, a su vez, proviene de la gracia. Actúo, pues, como Él requería que actuase. O sea, es entrañarse en los planes de Dios tan profundamente, como no se puede concebir más.

Bellezas que dan realidades extraordinarias

Así, comprendemos también los secretos de la misericordia de Dios, porque podemos entender bien el amor que Él tiene por cada uno de nosotros para conducirnos a esa unión tan íntima con Él. Al crearnos, Dios tuvo el plan de que tal perfección suya, que nunca nadie habría conocido –al menos entre los hombres, excepción hecha, naturalmente, de Nuestra Señora– brillase en nosotros; es como si Dios sacase de sí mismo un rayo de luz y nos lo diese. Ese es uno de los modos infinitos de ser de Él. O sea, dándonos eso, no podría dejar de estar amándonos infinitamente, ya que Él es infinito.

El amor que el Creador nos tiene es un reflejo del amor que tiene a Sí mismo. Se comprende mejor también por qué Nuestro Señor murió por nosotros: para que tengamos la gracia de poder realizar ese plan.

Estoy apenas relacionando datos corrientes de la Doctrina Católica que nos conducen a un panorama grandioso, fabuloso! Es un género de unión inimaginable tanto de Él con cada uno, como entre nosotros. Porque así como dos cantidades ligadas a una tercera están rela-

cionadas entre sí, se ve cómo el nexo existente entre todos los hijos de la luz es algo muy serio, muy grave, muy dulce.

Hay todavía una realidad más bonita que es la siguiente: de hecho, constituimos un todo llamado Humanidad que Dios honró uniendo la naturaleza humana hipostáticamente a la suya, naturaleza divina. Pero esa Humanidad es apenas una unidad del universo, porque hacemos parte de la creación. Y en la creación existen los ángeles; si bien que la unión hipostática no se haya dado en ellos, los ángeles por su naturaleza son muy superiores a nosotros, son puros espíritus. Y los ángeles deberían realizar un universo así también. Pero ellos no realizaron ese plan porque muchos de ellos apostataron y se transformaron en demonios.

Ahora, los planes se superponen, de manera que en esta sociedad de hombres, considerados los que se salvan y van al cielo, ellos llenan el lugar de los ángeles caídos. Y nosotros al mismo tiempo formamos con los ángeles un todo aparte ¡Es de una grandeza desconcertante! Y eso, sumado al cielo empíreo, más la creación que va a continuar –sol, luna, todo eso continuará; forma, entonces, el todo de los todos en el pináculo del cual está Nuestra Señora, que es mera criatura. Y, por encima de ella, Nuestro Señor Jesucristo.

En esta perspectiva se comprende la Encarnación, “el Verbo se hace carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1, 14); todo eso forma, a su vez, bellezas que dan realidades extraordinarias hechas para ser meditadas por cada uno.

A veces nos encantamos, por ejemplo, con un dicho de espíritu francés. Entretanto, son mucho más de encantar las cosas que Dios hizo y hace. En el cielo contemplaremos eso eternamente.

¡Y pensar que se pone en riesgo toda esta maravilla, por una mala mirada por la calle... se cae muer-



Santa Paula con sus monjas.
Museo de Segovia, España

to de repente y se va al infierno! Es decir, ilo que nos exponemos a perder, en todo momento, es algo inimaginable! ¡Somos unos locos, unos cretinos, ni sé decir lo que somos, al arriesgarnos a perder esas maravillas!

Desposorio místico que se realiza en el alma de los que se entregan a Nuestro Señor

Hay otra realidad que debemos considerar y que constituye un universo dentro de ese universo.

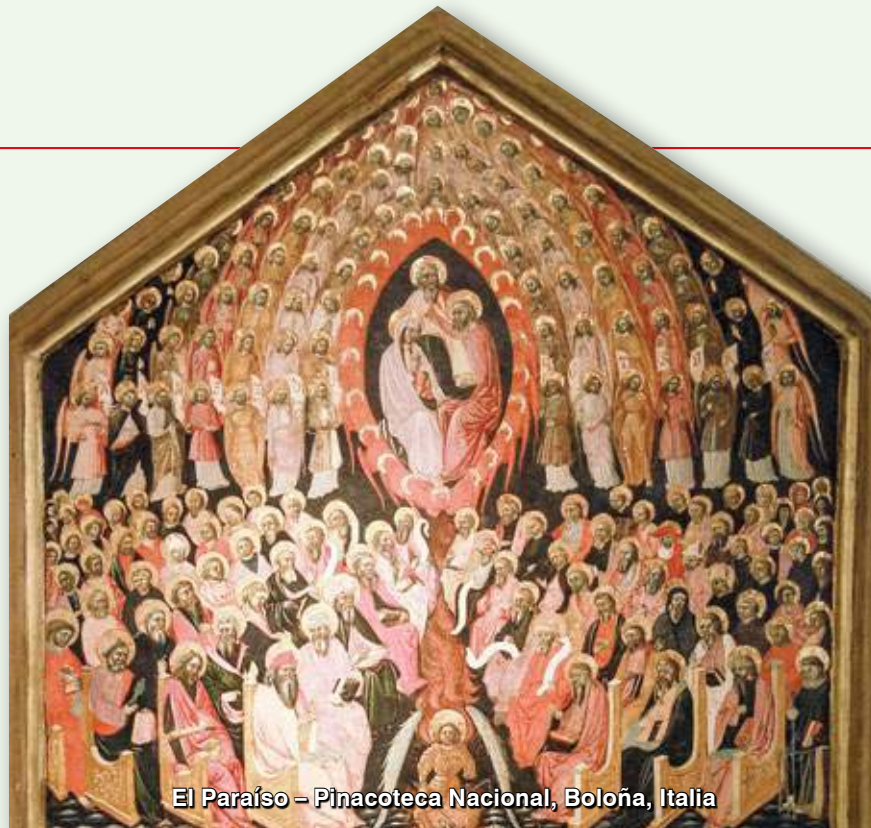
Dios quiere que ciertas perfecciones que posee sean especialmente representadas por otras criaturas; y para que esas perfecciones brillen bien, quiere que se constituyan familias de almas: será a veces una nación; otras veces un área de civilización; otras veces una orden religiosa. Son familias de almas llamadas a representar de algún modo una determinada perfección o una constelación de perfecciones divinas.

De todas esas representaciones, el vínculo creado por la familia religiosa, tiene una representación más rica, más fuerte que en las otras.

Entre los individuos de una misma patria, por ejemplo, hay una vinculación natural basada en tradiciones y lazos históricos. En ese conjunto natural, hay también los elementos sobrenaturales que llevan a la constitución de una gran nación católica, la cual puede formar un cuerpo místico dentro del Cuerpo Místico.

La doctrina del cuerpo místico llega a tal punto que, por ejemplo, yo vi cierta vez una referencia antigua de la edad media, al “cuerpo místico de la Universidad de París”. La Universidad de París en aquel tiempo era una especie de crisol de ortodoxia muy especial que la Santa Sede tomaba mucho en consideración.

Así también una familia religiosa constituye un “cuerpo místico” en el cual el Fundador debe represen-



El Paraíso – Pinacoteca Nacional, Boloña, Italia

Francisco Lecaros

tar del modo más excelente las cualidades que todo el cuerpo tiene que reflejar. Pero cada uno de los miembros de aquella familia llamado a reflejar determinada perfección de Nuestro Señor, refleja esa cualidad en cuanto existente en el Fundador, de la misma manera como el conjunto de los Fundadores es una repetición de Nuestro Señor.

Entonces, los vínculos de alma entre súbdito y Fundador, toman toda la analogía con las relaciones existentes en la sagrada esclavitud a María enseñada por San Luis María Grignon de Montfort.

A mi ver, la esclavitud de amor no es sino el desposorio espiritual visto en sus efectos. Porque si Nuestro Señor Jesucristo es el Esposo y la Iglesia es Esposa, eso significa que el alma fiel debe portarse en relación a Él con la receptividad, el amor, la docilidad de verdadera Esposa en relación al verdadero Esposo.

Cada uno de nosotros es un miembro de esa Iglesia. Por lo tanto ese desposorio místico se realiza en el alma de cada uno.

Entonces, si alguien resuelve hacerse esclavo de Nuestro Señor para ser obediente a todo cuanto los re-

presentantes de Él nos mandan, esto se da por causa de un desposorio místico habido anteriormente y que queremos tornar más afectivo, más consistente, más durable, precisamente por medio de esa sumisión.

Creo que el intercambio de voluntades es la propia esencia de los desposorios. Hecho el intercambio de voluntades, está realizado el desposorio místico, el cual es un proceso que se consuma en el momento en que las voluntades se unen completamente. Así se comprende que la esclavitud de amor, el desposorio místico y el intercambio de voluntades sean aspectos de un mismo proceso unitivo; como que van remplazándose o sucediéndose en una misma realidad total.

El punto de partida es el momento en que nos entusiasmos por Nuestro Señor Jesucristo, por Nuestra Señora, por la Iglesia; y nos maravillamos de tal manera, que aceptamos que Él nos gobierne como acabo de exponer. Es la realización de la frase de San Pablo: “No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”.



(Extraído de conferencia de 9/7/1988)



SANTORAL

1. San José Obrero.

San Jeremías, profeta. Predijo la destrucción de la Ciudad Santa y la deportación del pueblo de Israel, por eso sufrió muchas persecuciones.

2. San Atanasio, obispo, confesor y Doctor de la Iglesia († 373).

San José Nguyen Van Luu, mártir († 1854). Agricultor y catequista vietnamita, se entregó en lugar del presbítero Pedro Luu, y murió en la cárcel, en tiempos del emperador Tự Đức.

3. San Felipe y Santiago Menor, Apóstoles.

Estanislao Soltys (Kazimierz) († 1489). Canónigo regular en Kasimierz, Polonia. Fue diligente ministro de la Palabra, maestro de vida espiritual y asiduo en escuchar confesiones.

4. Santa Antonina, mártir († S. III / IV). Por orden del gobernador Prisciliano, fue suspendida en un caballete y entregada a las llamas, en Nicea de Bitinia, actual Turquía.

5. San Hilario de Arlés, obispo († 449). Santo sacerdote, obispo y monje († S. VIII). Fue elegido Obispo de Limoges, Francia, pero al final de su vida quiso volver a la vida monástica.

6. VI Domingo de Pascua

San Francisco de Montmorency-Laval, obispo († 1708). Primer Obispo de Quebec, Canadá, se dedicó durante cincuenta años a consolidar e incrementar la Iglesia en toda América del Norte.

7. Santa Domitila, mártir († S. I / II). Sobrina del Cónsul Flavio Clemente, fue acusada de haber renegado los dioses paganos y deportada a la isla de Ponza, donde padeció un largo martirio.

8. San Víctor, mártir (†c. 304). Soldado de las tropas imperiales de origen mauritana, se negó a sacrificar a los dioses paganos y por eso sufrió varios tormentos y finalmente fue decapitado.

9. San Isaías, profeta.

San Pacomio, abad († 347/348). Después de recibir el hábito monástico de las manos del anacoreta San Palémón, fundó numerosos cenobios en Tebaida, Egipto. Escribió una famosa regla monástica.

10. Santa Solange (o Solangia), virgen y mártir (†c. S. IX). A los 16 años, fue martirizada en Bourges, Francia, por defender su virginidad.

11. San Ignacio de Laconi, religioso († 1781). Capuchino de Cerdeña,

que recorría las plazas de la ciudad y los hospedajes del puerto, pidiendo limosnas para socorrer las miserias de los pobres.



Santa María Mazzarello

12. San Nereo y San Aquiles, mártires († s. III).

San Pancracio, mártir († s. IV).

Santo Domingo de la Calzada, presbítero († 1060/1109). Favoreció la construcción de puentes y caminos, y preparó celdas y posadas para facilitar a los peregrinos recorrer el Camino de Santiago.

13. Solemnidad de la Ascensión del Señor.

Fiesta de Nuestra Señora de Fátima.

San Andrés Hubert Fournet, presbítero († 1834). Siendo párroco de Le Puy-en-Velay durante el período del Terror, no dejó de fortalecer a los fie-



Profeta Jeremías

les en la Fe. Restituida la paz, fundó el Instituto de las Hijas de la Cruz.

14. San Matías, Apóstol.

Santa María Dominga Mazzarello, virgen († 1881). Fundó con San Juan Bosco en Mornese, Italia, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

15. San Caleb (o Elesbaán), monje († c 535). Rey etíope que para desagraviar a los mártires de Nagrán, emprendió el combate contra los enemigos de Cristo. Más tarde envió a Jerusalén su corona real y abrazó la vida monástica.

16. San Simón Stock, presbítero († 1265). Después de ser ermitaño en Inglaterra, ingresó en la Orden Carmelitana, de la cual fue superior, tornándose célebre por su singular devoción a la Virgen María.

17. San Pascual Bailón, religioso († 1592). *Ver página 28.*

18. San Juan I, Papa y mártir († 526).

Beata Blandina del Sagrado Corazón (María Magdalena Merten), virgen († 1918). Religiosa ursulina alemana que asoció sabiamente a la vida contemplativa el cuidado de la formación cristiana de las jóvenes.

19. San Crispín de Viterbo, religioso († 1750).

20. Solemnidad de Pentecostés.

San Bernardino de Siena, presbítero († 1444).

Beata Crescencia Perez, virgen († 1932). Religiosa de la Congregación de las Hijas de María del Santísimo del huerto, fallecida en Vallenar, Chile.

21. San Cristóbal de Magallanes, presbítero, y compañeros, mártires († 1927). Ufanos de haber profesado la

Fe por Cristo Rey, sucumbieron gloriosamente bajo la ferocidad de los enemigos de la Iglesia, en México.

22. Santa Rita de Casia, religiosa († c. 1457).

San Atón, obispo († c 1153). Después de haber sido abad de la Orden de Vallombrosa, fue elegido para la sede episcopal de Pistoia, Italia.

23. San Desiderio, obispo y mártir († c 355). Al ver su grey de Langres, Francia, oprimida por los vándalos, fue al encuentro del rey para suplicar por su pueblo y éste, enfurecido, mandó degollarlo.

24. Nuestra Señora Auxiliadora.

San Vicente de Lérins, presbítero y monje († c 450). Religioso del monasterio de Lérins, Francia, ilustre por la doctrina y la santidad de vida.

25. San Beda, el Venerable, el presbítero y el Doctor de la Iglesia († 735). *Ver página 2.*

San Gregorio VII, Papa († 1085).

26. San Felipe Neri, presbítero († 1595).

Santa Mariana de Jesús de Paredes, virgen († 1645). Terciaria franciscana, se dedicó a socorrer a los pobres indígenas y negros de Quito, Ecuador.

27. Solemnidad de la Santísima Trinidad.

San Agustín de Canterbury, obispo († 604/605). Monje benedictino enviado por el Papa San Gregorio Magno para convertir a Inglaterra. Fue el primer obispo de Canterbury.

28. San Guillermo, monje († 812). Abandonando la vida de la corte imperial, fundó el monasterio de Gellone, cerca de Narbona, Francia.



San Andrés Hubert Fournet

29. San Maximino de Tréveris, obispo († c 346). Intrépido defensor de la fe contra los arianos, acogió a san Atanasio de Alejandría en su diócesis, y fue expulsado de ella por el emperador.

30. Santa Juana de Arco, virgen († 1431).

San Lucas Kirby, presbítero y mártir († 1582). Después de sufrir muchos tormentos, fue ahorcado en Tyburn, Londres, durante el reinado de Isabel I.

31. Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

Fiesta de la Visitación de Nuestra Señora.

San Félix, religioso († 1787). Después de haber sido rechazado durante diez años, ingresó finalmente en los capuchinos de Nicosia, Italia. Se destacó por la humildad e inocencia de corazón.



Fervoroso adorador del Santísimo Sacramento hasta después de la muerte

Contemplando la vida de San Pascual Bailón, el Dr. Plinio resalta cómo la acción apostólica de algunos Santos permanece incluso después de su muerte.

San Pascual Bailón fue un santo franciscano que vivió en el siglo XVI y se hizo famoso por su devoción al Santísimo Sacramento.

Fervoroso devoto de la transubstanciación

Para que comprendamos bien el sentido de la ficha que será leída, debemos saber qué es la Misa, y dentro de ella, la Consagración.

La Misa es la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario. Es el mayor acto de culto de la Religión Católica, porque es Nuestro Señor Jesucristo quien se ofrece a Sí mismo al Padre Eterno.

Cuando el padre pronuncia las palabras de la Consagración, la hostia y el vino cambian de sustancia, pasando a ser Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Ése es el momento en el cual se da la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario, uno de los más augustos misterios de la Religión Católica.

De esta manera, es comprensible que una persona piadosa le dé gran importancia a estar presente en la Misa. Y todas las otras oraciones de la Iglesia se estructuran teniendo en vista la parte más importante de la Misa.

Así comprendemos cómo un Santo, con una devoción eucarística acendrada, pueda tener lo mejor de su devoción vuelto hacia la Transubstanciación, en la cual Nuestro Señor Jesucristo se ofrece nuevamente.

Veamos entonces la vida de San Pascual Bailón¹.

Un acto de adoración en el momento extremo de la vida

San Pascual Bailón, cuyo cuerpo reposa en el convento de los franciscanos de Valencia, España, nació en la Provincia de Aragón. Teniendo que cuidar de su rebaño, asistía a Misa siempre que podía, y si le era imposible asistir, ponía oído atento al sonido de la campana, que tocaba en el momento de la elevación.

Se ve que el prado donde apacentaba su rebaño cuando niño, estaba muy próximo a una iglesia, y desde afuera podía oír la campanita sonando en el momento de la elevación.

Tan pronto oía la campana, se arrojaba y, cualquiera que fuese el lugar donde se encontraba, adoraba con fervor al Santísimo Sacramento, al Salvador bajado del cielo hasta el altar.

A la edad de 24 años entró al Convento de los Franciscanos Descalzos de Valencia, en calidad de Hermano lego,

en donde mostró el mismo fervor ardiente hacia el Santísimo Sacramento.

Dios le recompensó ese fervor, llamándolo a Sí en el momento de la elevación. Después de haber recibido el Santo Viático, San Pascual preguntó si la Misa solemne ya había comenzado en la iglesia del convento. Y como le dijeron que ya se aproximaba la elevación, se llenó de una alegría extraordinaria y puso mucha atención en oír el sonido de la campana desde el lugar donde se encontraba. Cuando lo oyó, exclamó: «¡Mi Jesús! ¡Mi Jesús! Y expiró.

Su entierro fue marcado por un gran milagro: habían colocado su féretro en la iglesia, y el Oficio de los Difuntos acababa de comenzar. He ahí que, en la elevación de la hostia el cadáver se movió, abrió los ojos, y cuando el padre levantó el cáliz, hizo el mismo gesto del padre.

Esto no sucedió una sola vez. Cuando su cuerpo fue colocado en una sepultura al lado del altar mayor, dio muchas muestras de veneración al Santísimo Sacramento cada vez que se celebraba la Misa en ese altar. Cuando llegaba el momento de la elevación, se oía un movimiento en el interior de la sepultura, como invitando a los fieles a un acto de adoración más ardoroso. En nuestros días aún se percibe a veces ese movimiento en la

sepultura. Varios Santos Padres, entre otros el piadoso Domenico Maso, que celebraron el Santo Sacrificio de la Misa delante de la sepultura de San Pascual Bailón, informaron haber sido testigos de ese milagro.

Es algo lindísimo, cuya belleza merece ser analizada en un instante.

Nuestro Señor dio a este santo durante toda su vida una gracia especial para adorar al Santísimo Sacramento. *Talis vita, finis ita*: así como fue la vida, también es el fin.

Gracias a su fidelidad a ese don, Nuestro Señor hizo coincidir su muerte con el momento de la Elevación. En ese instante, Dios recogió su alma, queriendo indicar con eso que durante toda la vida, su alma estu-

vo madurando para ese supremo acto de adoración al Santísimo Sacramento. Y cuando alcanzó la santidad apropiada para el momento extremo, en que hizo esa adoración extrema, había llegado a la plena madurez para el cielo. Esa madurez la había realizado en un acto de adoración al Santísimo Sacramento. Vino la Providencia, tomó su alma y la llevó al cielo.

Misión póstuma para mayor gloria de Dios

Es frecuente, cuando los santos van al cielo, quedar con cierto pesar de no poder hacer más apostolado en la tierra. Parece increíble que una persona yendo hacia el cielo, tenga pesar de que alguna cosa en la tierra no quede como querría. Y así vemos en San Pascual Bailón cómo aún después de muerto, su cadáver hace un acto de adoración al Santísimo Sacramento. Además en su sepultura aún se mueve cuando hay una celebración, invitando así a los fieles a adorar el Santísimo Sacramento. Es un apostolado eminente que hacen las reliquias de su cadáver.

¿Podemos nosotros enunciar un deseo análogo? ¿Podemos desear una cosa de ese género?

Yo desearía para todos que, después de muertos, cuando alguien pronuncie nuestro nombre o se acuerde de nosotros a propósito de algo o pase cerca de nuestra sepultura, reciban si son hijos de la luz un aumento en la devoción a Nuestra Señora, una participación en el espíritu de Ella.

Y si son hijos de las tinieblas, que se sientan incómodos, humillados, combatidos, imposibilitados y perseguidos en lo que tienen de malo, de forma a que dejen su maldad. Deseo combatir para convertir a los

malos o evitar que ellos perjudiquen a los buenos. De modo que el número de los elegidos se complete exactamente como Dios quiere.

Para esto debemos ser hasta el fin de la vida dos cosas: primero, heraldos de Nuestra Señora; segundo, piedras de contradicción y de escándalo para la salvación y perdición de muchos, exactamente como el Profeta Simeón dijo acerca de Nuestro Señor Jesucristo (cfr. Lc. 2, 34).

Si yo supiere que hasta el fin del mundo Nuestra Señora resolvió servirse del nombre de uno de nosotros para esto, me alegraré íntimamente, me alegraré enormemente, pues así la obra de Nuestra Señora se realizará.

Esto significa que apenas cuando -según la frase grandiosa de la Escritura- se hubiere acabado el mundo y la bóveda celeste se enrollare como un pergamino y viniere el Hijo de Dios en gran pompa y majestad (cfr. Ap. 6, 14-17), que todas las cuentas estuvieren acertadas y los adversarios de la Iglesia liquidados, que la Contra Revolución estuviere para salir de la sepultura y en camino del cielo; que los ángeles malditos que circundan la tierra incitando a los hombres para la acción revolucionaria estuvieren listos para ser encadenados e ir a hervir en el infierno por toda la eternidad, solamente en ese momento finalice nuestra misión.

Ésta sería la aplicación del mismo principio usado por Nuestra Señora con San Pascual Bailón. Lo que se hace la vida entera, se hace también en la hora de la muerte. Lo que se hace en la hora de la muerte, se hace también hasta el fin del mundo.

Podemos pedir a San Pascual Bailón que nos dé esa gracia tan grande. ❖

(Extraído de conferencia de 23/8/1974)

1) No disponemos de los datos bibliográficos de la referida ficha

San Pascual Bailón - iglesia de San Francisco, Tui, España

Evolución de la Civilización Occidental - I

Presentando una amplia y penetrante visión de conjunto de diversos temas, entre los cuales el feudalismo, la familia, el rey, la plebe, el Dr. Plinio expone interesantes aspectos de la evolución de la Civilización Occidental.



Carlomagno - Iglesia Santa Maria dell'Anima, Roma, Italia

Al considerar el surgimiento de la sociedad feudal, nos encontramos con el siguiente panorama:

Carlomagno fue un perfecto rey guerrero y católico

El imperio carolingio fue una construcción grandiosa, no solo apoyada, sino instituida por la Santa Sede. Carlomagno, a través de victorias brillantes en el transcurso de una vida militar y política que se podría llamar, *grosso modo*, de milagrosa, consigue salvar buena parte de Europa de los ataques simultáneos que llegan del Sur, por los moros que penetraban a través del Mediterráneo en la Península Ibérica, atacaban el territorio español y portugués de la época, entraban por los Pirineos y

llegaban al corazón de Francia hasta Poitiers.

No es que Carlomagno haya vencido a los mahometanos. Pero su ímpetu de querer situarse más allá de los Pirineos y de llegar, si fuese posible, hasta Aix-la-Chapelle y el Rin, se quebró. Por esto las potencias de Occidente, con excepción de España y Portugal, no tuvieron que pensar en el problema moro. Esa victoria se consumó en la Península Ibérica con la expulsión del último rey moro, Boabdil, Rey de Granada y con la toma de la ciudad por Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

En Oriente, por el contrario, hubo problemas muy difíciles. Ordas de germanos invadían sucesivamente la región que posteriormente fue llamada Alemania, el territorio

de Austria en las márgenes del Rin y del Danubio. En último análisis, eran verdaderas oleadas desalentadoras. Cuando Carlomagno vencía una oleada de bárbaros, era sustituida por otra y otra más, sin que se pudiese calcular cuántas más había por detrás. Por consiguiente no se sabía cuánto tiempo duraría esa guerra.

Carlomagno combatió como un perfecto rey guerrero y católico que, sin saber si habría una posible victoria final contra esas oleadas sucesivas, asumió esta posición: "No sé si podré vencer, pero si puedo vencer con lo que tengo al menos para el día de hoy, venceré. Aunque sea aplastado mañana, hoy venceré y esa victoria se la ofreceré a Dios por medio de la Virgen. ¡Vamos y ataquemos!"

Pero sus hijos se mostraron incapaces de resistir a los invasores

El peligro germánico estaba casi completamente dominado cuando se anunció otro riesgo: los reyes navegantes, los vikingos, los normandos, comenzaron entrando por el Norte de Francia. Francia tiene varios ríos navegables que constituían “camino” fáciles y cómodos para aquellos navegantes muy ágiles venidos del Báltico, que entraban, bajaban, atacaban y pillaban.

Cuando Carlomagno murió, estaba en presencia de ese peligro y no sabía si sus hijos vencerían o no.

Sus hijos no valían nada y les dejó un imperio pesado como el mundo. Comenzaron dividiendo el imperio que Carlomagno unificó. Hijos tan incapaces que, en una de las “canciones de gesta”, se insiste mucho en Roland -gran guerrero y brazo derecho de Carlomagno- sobrino del Emperador, pero no figuran los hijos de Carlomagno. En ninguna “canción de gesta” son mencio-

nados. Es decir, no los consideraban para nada.

Los descendientes de Carlomagno se revelaron incapaces de gobernar el Imperio como una gran máquina de guerra simultánea contra los árabes y los germanos. El Imperio fue dividido en tres fragmentos: la parte occidental quedó con Carlos el Calvo; la parte central, que iba desde Italia hasta la desembocadura del Rin, que incluía los territorios de las actuales Holanda y Bélgica, un tanto de Alemania, Suiza, Lotaringia, pertenecía a Lotario; y la tercera parte, la oriental, quedó para el Rey Luis, el Germánico. Esos tres reyes, en sus respectivos territorios, no fueron capaces de organizar una resistencia eficaz.

Los agricultores que ocupaban esos territorios sintieron la necesidad de defenderse contra los bárbaros o los árabes que avanzaban. El problema para ellos dejó de ser la defensa de un imperio para pasar a ser la defensa de sus propios lugares, con sus plantaciones, sus ganados, sus fuentes de ingreso, con su

capilla, el Santísimo Sacramento, las imágenes santas, las reliquias, que no querían que cayesen en manos de los invasores musulmanes y paganos.

Cómo nació el feudalismo

Naturalmente, en esa resistencia común contra el enemigo, eran solidarios los propietarios de las tierras y los que en ellas trabajaban. Así, ante ese enemigo común, la unión de las dos clases sociales -los propietarios y los trabajadores manuales- fue muy viva.

Y los trabajadores manuales, tomando consciencia de que era necesario quien los dirigiese, adoptaron un principio instintivo fundamental de la sociedad orgánica, que descubrieron, no por medio de un raciocinio, sino por el instinto de conservación.

En un territorio donde se ejercen varias autoridades y el territorio es atacado, esas autoridades deben unirse para la defensa común contra el adversario. Pero si, por la muerte en la guerra o por otra razón, las au-



La rendición de Granada - Palacio del Senado, Madrid, España

David Santos Dominguez



PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

toridades fallan y queda una sola autoridad, todos los poderes ejercidos hasta entonces por las diferentes autoridades que había en el lugar, quedan en las manos de una sola autoridad existente, que dirige la guerra.

Concretamente, una plantación grande se encontraba bajo la jurisdicción de un alto funcionario imperial, bajo cuyas órdenes estaba un gran propietario que dirige y domina el lugar. Si el alto funcionario huye, para organizar la resistencia queda el propietario y la solución es poner en sus manos todo el poder que el funcionario del imperio ejercía, junto con el derecho de propiedad que aquel hombre tenía.

Así, por las circunstancias y por el instinto de conservación del pueblo, el propietario de la antigua área, promovido a gobernador, teóricamente continúa prestando obediencia al emperador, pero localmente es él quien manda. Así nació el feudalismo. Es el régimen que suma el derecho de propiedad al derecho de gobierno local, bajo la dirección de un gobierno real; en el momento es un gobierno parapléjico, incapaz de moverse, pero que en tesis existe y tiene ese derecho y cuando las circunstancias lo permitan, lo ejercerá.

En todas partes, comienzan a aparecer pequeños jefes locales teóricamente obedientes al rey. Pero, para el campesino, el rey es una figura medio mítica. El que va a mandar, dirigir, el que tiene que resolver el litigio de un hombre que le robó una vaca a otro, y demás asuntos, es el propietario que permanece en el lugar. Y para los campesinos ese propietario es el que cuenta, que pasa a tener el título de señor feudal.

Surge el castillo

Para resistir al enemigo cuando regrese, las poblaciones locales construyen, junto con el señor feudal, una fortaleza: El castillo.

En el castillo está la capilla, que es lo más sagrado de todo lo que hay en la fortaleza y que debe ser resguardado por encima de todo. Tanto la capilla como la casa del capellán están en el corazón del castillo-fortaleza. Cuando el enemigo llega, los moradores de la región huyen hacia el castillo, donde encuentran a Dios presente en el Santísimo Sacramento, los sacramentos de la Iglesia concedidos ampliamente por el vicario que los distribuye, oye las confesiones, celebra la Santa Misa, en fin,

les da toda la orientación religiosa, los estimula para la lucha como un deber santo, les habla del Cielo que van a ganar si mueren defendiendo la Religión, siempre tan atacada cuando asaltan el feudo.

Y cuando se tiene la noticia de que los adversarios vienen de lejos y están llegando, se abren las puertas del castillo y familias enteras ingresan llevando sus ganados y aquellos enseres que pueden y quieren salvar, los amontonan en el patio interno donde está la capilla, en torno a la cual se construyeron las fortificaciones.

En el castillo vive el señor feudal, que tiene que ser el alma del ataque y el alma de la defensa.

Es curioso ver en ciertas residencias de señores en cuya torre la lucha es de piso en piso, subiendo con cuerdas porque



Castillo de Conwy, Reino Unido. En destaque estatua de Roland - Praga, República Checa



Bosque de
Versalles; Luis
XV en traje de
coronación
Palacio de
Versalles,
Francia



Hyacinthe Rigaud (CC3.0)

no hay escaleras. Inclusive la castellana, cuyos descendientes del tiempo de Luis XIV tendrán todas las gracias y las pompas del reinado del Rey Sol, y en la época de Luis XV tendrán todos los *charmes*¹ y las delicadezas de la realeza, (ya agonizante), la castellana que en ese tiempo era una mujer de campo robusta sube por la cuerda de varios nudos. Cuando todos suben, recogen la cuerda. Los adversarios no tienen forma de colgar la suya ni tienen escaleras para subir, incendian el castillo y los que están arriba les tiran piedras.

Es una batalla tremenda donde, a veces, las mujeres toman parte, no luchando, pero sí ayudando a los hombres.

Pero hay salidas. La torre tiene cimientos muy profundos y con frecuencia tiene subterráneos que desembocan muy lejos, por ejemplo, en una playa. El propietario, que huye con los últimos que quedan, entra por el subterráneo, salen por determinados sitios y llegan al castillo de un pariente, de un amigo.

Celadas bien elaboradas

Hay celadas. En muchos casos más inteligentes de lo que nos parece. Por ejemplo, en algunos luga-

res había dos, tres caminos subterráneos y sólo uno se dirigía a la salida verdadera. Uno de ellos terminaba en un pantano con reptiles, cobras y otros de ese género, que mataban al que caía adentro; a veces el lugar era muy hondo dificultando la salida, los hombres avanzan con armaduras. Las cobras se rompen los dientes al picar las armaduras, pero no pueden quitárselas de encima dentro de ese terreno embarrado, además de que pueden ser mordidos. No hay salida.

O llegan a una playa de arenas movedizas. Al llegar el invasor ve a lo lejos el mar, oye el susurro de las olas, percibe la playa de arenas blancas y dice: “la gente que estoy persiguiendo huyó por aquí.” Entra y cuando ya dio varios pasos, se da cuenta que es arena movediza. Si se devuelve o se queda quieto, si avanza, se hunde. Está perdido.

Así, el invasor que escogió mal su camino, camina hacia la muerte.

Es decir, el asunto es muy complejo, muy bien planeado.

También tienen un último recurso: las palomas mensajeras. Los sitiados envían a un castellano amigo una misiva: “Estamos sitiados. Usted está en el camino del invasor. Venga a ayudarnos a defender nuestro feudo para que no tengamos mañana que defender el suyo”. El castellano amigo sale rápidamente y ataca a los sitiadores por detrás.

Cuando los sitiadores enemigos ven que desde el castillo sale una paloma mensajera, le disparan flechas para matarla. ¡No es fácil!

A veces sale una paloma mensajera con un mensaje falso o en blanco. El adversario gasta las flechas tratando de matarla. Mientras tanto, sueltan una paloma mensajera que vuela en otra dirección. ♦

(Continúa en el próximo número)

*(Extraído de Conferencia de
24/12/1993)*

1) Charme: en francés en el original. En español: encanto, atractivo. En este contexto: encantos



Majestad multiseccular de un palacio

Analizando la Plaza del Campidoglio, el Dr. Plinio señala graves defectos en la urbanización de grandes ciudades brasileiras.

Jean-Pierre Dalbéra (CC3.0)



Esta es la bonita Iglesia de Trinità dei Monti, construida en alabanza de la Santísima Trinidad.

Agradable contraste entre tres palacios

Se nota una elevación de terreno y, abajo, un jardín y una escalera muy bonita que, a través de varios lances desde la iglesia, descende hasta una plaza donde se yergue una columna en lo alto de la cual está la Imagen de la Inmaculada Concepción, construida en tiempos de Pío IX para celebrar la promulgación del dogma de la Inmaculada Concepción.

En otra foto, vemos una de las cosas más bonitas que conocí en mi vida: la Plaza del Campidoglio, en Roma, en el centro de la cual se encuentra una estatua del Emperador Marco Aurelio. Se trata de una réplica, pues la figura original se estaba deteriorando por causa de la polución; entonces hicieron esta copia y pusieron la escultura original en una sala donde no sufriese deterioración.

Tres palacios circundan la plaza; uno al fondo y dos frente a frente. Hay un contraste agradabilísimo entre esos palacios, pues el del fondo, con un aspecto completamente distinto de los otros, forma una disonancia armónica con la perfecta identidad de los dos palacios laterales.

Considerando este palacio del fondo, vemos como es de una altura muy bonita. La proporción de las ventanas

Davide Lussetti (CC3.0)





Gustavo Kralj



Gustavo Kralj



Paolo Monti (CC3.0)

y de las puertas es también muy bonita. El palacio es de un color un tanto rojizo y tiene en lo alto una balaustrada blanca. Al fondo se ve una torre y un reloj.

Consideren la distinción y -yo no retrocedo delante de la palabra- ¡la majestad multiseccular de ese palacio! Es una verdadera belleza, y uno puede quedarse horas contemplándolo.

Vean los bonitos diseños del suelo, la aplicación de piedra sobre piedra, sin lo cual ese espacio permanecería de un solo color, quedaría vacío y la armonía de la plaza desaparecería.

Llamo la atención para el hecho de que, por todas partes, el europeo se empeña en plantar bonitos árboles, y colocar fuentes, lo que no es muy frecuente que encontremos en grandes ciudades brasileñas, como São Paulo, por ejemplo.

Síntesis entre la ciudad y la selva

¿Por qué hago comparaciones como esta? ¿No es antipático? ¿No se diría que esas comparaciones, necesariamente desfavorables a nosotros, sería mejor que no fuesen hechas?

Quien levantara tal objeción diría una cosa característicamente desprovista de inteligencia, porque la persona que tiene criterios quiere conocer sus defectos para corregirlos. Y si se cometieron errores en el urbanismo

de São Paulo, como en el de otras grandes ciudades de Brasil, es preciso conocerlos y crear un estado de espíritu por donde esos errores no se repitan.

Así, la perpetua línea recta que no acaba más: la ausencia de arborización, o una arborización raquítica, pobre, retorcida, que uno prefiere ni ver, son defectos gravísimos que la ciudad presenta y contra los cuales casi nadie hace objeciones, porque no hay mucha apetencia de nuestro pueblo por esas cosas.

Tal vez esto se deba, un poco, a la fobia de la selva, propia de los roturadores. Este llega a la selva y tiene un enorme deseo de estar en la ciudad; entonces procura, dentro de la selva, construir la ciudad. Y como, según una concepción simplista, la selva es lo contrario de la ciudad, la primera providencia para urbanizar es derrumbar los árboles. Ahora, es propiamente una síntesis entre la ciudad y la selva lo que conviene hacer. Las grandes capitales de Europa fueron construidas con esa idea. ♦

Extraído de conferencia de 9/11/1988



María Santísima, Reina a dos títulos

Nuestra Señora es Reina, porque es Madre de Dios. Nadie tuvo, ni podrá tener con la Santísima Trinidad una unión más estrecha que Ella.

La Santísima Virgen es por excelencia, la Hija del Padre Eterno, la Madre del Verbo Encarnado y la Esposa del Espíritu Santo, que engendró en Ella a Nuestro Señor Jesucristo.

Además, Ella es Reina porque la Providencia puso el gobierno de todas las criaturas en sus manos.

Es decir, siendo la Medianera de todas las gracias, las oraciones que suben a Dios deben pasar por Ella. Si el cielo entero pidiese algún favor sin Ella, no lo obtendría. María Santísima pidiendo lo obtiene. Esto es ser Reina, en la mayor fuerza del término.

(Extraído de conferencia de 31/5/1969)